

LAS MADRES CIEGAS

Las madres ciegas habrían dado todo lo que tenían y eran por llegar a ver a sus pequeños, aunque sólo fuera un instante que no se pudiera repetir jamás. Es cierto que ellas tenían los deleites del tacto, los dones indefinibles del gusto y el olfato, que eran diestras en explorar los misteriosos desfiladeros por los que se propagaba el sonido, y que la naturaleza les había dado el arte de trazar esas formas secretas del mundo que componen el mapa de nuestros sueños. Pero ¿cómo eran sus niños de verdad? Cuando las otras madres hablaban de sus sonrisas encantadoras, ¿a qué se referían? Aún más, ¿qué era exactamente una sonrisa? ¿Cómo eran sus ojos, y qué quería decir que brillaran sus lágrimas? Si ellas reían al verlos correr y moverse, ¿qué era exactamente lo que causaba su embeleso? ¿Llegaban los niños a volar, se subían a los árboles, andaban sobre las manos? La madre ciega iba guardando todas estas preguntas en su corazón, y envidiaba a las madres normales, que no necesitaban hacérselas, ya que para ellas todo era sencillo porque los podían ver. Bueno, así había sido siempre en su vida, desde “que de pequeñas habían descubierto que las otras niñas tenían un sentido del que ellas carecían, y que el mundo no sólo se podía palpar, olfatear, gustar y oír, sino que también se podía ver, aunque no supieran exactamente en qué consistía esa posibilidad nueva. Pero se habían acostumbrado a vivir así, e, incluso cuando habían llegado a enamorarse, habían suplido, especialmente gracias a sus insospechadas aptitudes para el tacto, esa importante carencia. Pero ahora no podían seguir haciéndolo, pues era como si la imposibilidad de ver a sus hijos les privara de una parte de su ser, puede que la más encantadora e irresistible, y ya se sabe que el

amor quiere la totalidad de lo que ama. Y eran muy desgraciadas por esta razón.

“Lo que no sabían es que las madres normales, cuando se las encontraban, no podían dejar de preguntarse cómo se imaginaban ellas a sus propios bebés. ¿Ver con los ojos de una ciega, se preguntaban llenas de indefinibles anhelos, no era la forma suprema del amor? Es verdad que la vista proporcionaba numerosos deleites, pero ¿no era fuente también de numerosas limitaciones? Por ejemplo, las ciegas eran más libres, porque podían imaginar a sus hijos como quisieran y porque para ellas, sobre todo, no existía la fealdad. Por eso, y en la intimidad de sus habitaciones, muchas noches las madres normales cerraban los ojos y acariciaban y olfateaban a los niños preguntándose cómo sería ese mundo que se abría ante las yemas de los dedos y que sólo las madres ciegas eran capaces de recorrer. Cómo era ese mundo que hacía de su bebé algo parecido a un río sin orillas, a una duna en el desierto, a un golpe de viento cargado de aromas nuevos, al sabor de una fruta jamás probada, y cuyos gritos y parloteos se confundían con las llamadas de los animales ocultos. Y por qué la naturaleza no les había dado a ellas, como a las madres ciegas, la capacidad de perseguir ese cuerpo infinitamente moldeable, de indefinibles formas, que era el cuerpo siempre inagotable y nuevo que reclamaba el amor para cumplirse.

LAS MADRES CANGURO

No era fácil ser madre canguro. Los canguritos estaban tan a gusto en esas bolsas que ellas tenían en la barriga, que ni siquiera cuando eran tan mayores que apenas cabían dentro resultaba fácil

convencerles de que las abandonaran. Esto, como es lógico, solía ser para ellas causa de numerosos problemas, sobre todo de importantes dolencias de espalda. Y no es que fueran las madres canguro las que se empeñaran en que sus hijos siguieran en sus bolsas, sino que eran ellos los que no querían independizarse. Por una razón muy sencilla, porque esas bolsas eran lo más parecido al paraíso que podía encontrarse en la tierra. Por eso, cuando crecían, siempre eran ellas las que tomaban la decisión de dejarlos. Lo hacían sin previo aviso, cuando más entretenidos los veían, echándose a correr en línea recta. Entonces, y aunque sintieran que las perseguían, tenían que evitar volverse. Los pequeños canguros tienen los ojos más dulces que existen, y sabían que, de mirárselos, tendrían que regresar a su lado. Las madres canguro llegaban a correr días enteros para evitarlo. Entonces venía lo peor, pues tenían que acostumbrarse a la soledad. Añoraban terriblemente sus barrigas llenas y, por un tiempo, eran capaces de cargar en ellas lo primero que se encontraban. Los granjeros lo sabían y, al ver a una canguro así, sabían que tenían que andarse con ojo, sobre todo con los balones de fútbol, los pequeños corderos y los bebés. Eso era lo peor, cuando robaban un bebé humano. Y no porque pudiera pasarle algo, que lo cuidaban maravillosamente, y era muy fácil recuperarlo, pues solía invadirles una dulce somnolencia, sino que ese bebé, una vez que había pasado unas horas con ellas, no volvía a ser el mismo. ¿Quién sabe lo que llegaban a experimentar en sus bolsas? El caso es que, cuando volvían con sus madres verdaderas, no eran igual de entusiastas con sus caricias y llegaban a mirarlas con una vaga decepción en los ojos, como si les estuvieran diciendo dulcemente: «Lo siento, no es así». Por eso las madres humanas odiaban a las canguras y pedían a sus maridos granjeros que las mataran, si acaso se acercaban a sus casas y pueblos. De hecho en

Australia, que era la tierra de los canguros, prácticamente habían llegado a desaparecer por esta sola razón. Ellas, las madres australianas, eran de natural apacible y compasivo, como todas las madres, pero, tratándose de sus propios bebés, no podían admitir fácilmente que hubiera nada más maravilloso que sus brazos. Y pensar en sus competidoras las canguras les creaba una enorme inseguridad.

LAS MADRES TEMEROSAS

Era normal que las madres se angustiaran por cualquier cosa, pues los niños pequeños no sabían defenderse y vivían ajenos a los peligros del mundo. Pero ese temor podía hacerse en algunas tan obsesivo que llegaba a amargarles la vida. Eran esas madres que siempre andaban temiendo que a sus niños les pudiera pasar lo peor, y que si por ellas fuera llegarían a cambiar la naturaleza y el orden mismo del mundo para evitarlo. De forma que no sólo seguirían a sus hijos e hijas a todos los sitios, como resolutivos guardaespaldas, sino que mandarían limar las esquinas de mesas y muebles, tapar los pozos, prohibir el tráfico de coches y de bicicletas, y hacer desaparecer del mundo las tijeras, los cuchillos y hasta los tenedores. Lo peor era cuando una de estas madres llegaba a ser alcaldesa. Ríos canalizados bajo tierra, casas de un solo piso, un pediatra al servicio exclusivo de cada familia... No existía ayuntamiento que pudiera resistir los gastos ocasionados por esta obsesión protectora, y todos terminaban en bancarrota. Pero había que saber disculparlas. No se sabía por qué, pero la belleza siempre iba asociada al sentimiento de la fragilidad y el peligro. Eso pasaba con un pequeño ciervo, nos bastaba con verlo correr por el bosque para que al instante imagináramos lobos, osos o malignos cazadores

furtivos agazapados tras los matorrales. Eso era lo bello, lo que estaba amenazado. Y, para una madre, su recién nacido se confundía en todo con ese cervatillo que bajaba a beber a la orilla del lago. A nadie podía extrañarle por eso que lo pasaran fatal cuando finalmente tenían que dejarlo solo en esa selva sombría que era el mundo para ellas.

LAS MADRES PRUDENTES

Pero también había madres que amaban los peligros. Eran esas madres que enseguida animaban a sus hijos a andar en bicicleta, a encender cerillas o a lanzarse a la piscina desde los trampolines. Es verdad que no suelen abundar, pues lo normal es que las madres sean temerosas y cautas, pero siempre hay alguna que cuando sueña con el futuro de su hijo no lo ve visitando a los enfermos, en una tribuna de oradores o en un despacho de abogado, sino ascendiendo por paredes verticales, enfrentándose al misterio de las profundidades marinas o arrastrado por las corrientes en avionetas leves como el papel. Bomberos, lanzadores de puñales, pescadores de perlas, directores de cine, éstas son las profesiones que desean para ellos. Y no porque quieran, por supuesto, que les pase algo, sino porque, al mirarlos, los encuentran tan guapos e irresistibles que quieren para ellos lo mejor. No una vida monótona y aburrida, donde todo es previsible, sino una que de verdad hiciera justicia al misterio de su belleza. «¿Por qué no?», dice siempre ese misterio. Y al menor descuido ya las tienes encaramadas con ellos a la rama de un árbol o paseando de su mano por las azoteas.

LAS MADRES DESCONFIADAS

Estas madres vivían la maternidad como un desvelo eterno. Se despertaban en plena noche y corrían al cuarto de sus hijas, dispuestas a enfrentarse al intruso que se las quería robar. Buscaban a ese intruso por los tejados, cuando bajaban las escaleras, en los ojos de los tenderos y los automovilistas. Cuando se encontraban con alguien por la calle, vigilaban cada uno de sus gestos, trataban de leer en sus ojos los pensamientos malignos, al objeto de anticiparse a ellos. Si acaso no veían sus manos, porque las llevaban en los bolsos, o debajo del abrigo, las imaginaban aferradas a un objeto cortante, un martillo, un arma insidiosa, de la que en cualquier momento se servirían para llevar a cabo su perverso propósito. Sus niñas eran una tentación demasiado fuerte, y cualquiera, el amigo de toda la vida, el compañero de colegio, el examante, podía ser el desaprensivo que viniera a arrebatárselas. Vivían en ese sobresalto eterno, y bastaba con que alguien se les acercara cuando las llevaban por la calle, para que permanecieran en una agotadora tensión, como si aquellos encuentros fortuitos que a las otras madres llenaban de gozo a ellas las hicieran sufrir extraordinariamente. Las dominaba una desconfianza que parecía venir, como la de las leonas, de la oscura memoria de la sangre, de las matanzas en la selva y las dolorosas urgencias de matanzas en la selva y las dolorosas urgencias del cielo. Luego, al finalizar el día, estaban tan agotadas que se dormían ovilladas sobre sus hijitas, protegiéndolas con su propio cuerpo, como si fuera un círculo de fuego. Pero sólo para despertarse poco después, con todos los sentidos aguzados, cuando sentían los pasos del vecino en las escaleras.

LAS MADRES FANTASIOSAS

Las madres fantasiosas eran un verdadero peligro, pues su naturaleza eternamente anhelante solía llevarlas a cometer todo tipo de locuras. No se sabía muy bien por qué reaccionaban así ante la maternidad. Puede que al ver a sus bebés finalmente en sus brazos, después de tantos meses de embarazo y del terrible esfuerzo del parto, llegaran a perder la razón, al menos temporalmente. «¿Cómo era posible —se preguntaban— que un ser tan resplandeciente, hermoso y necesitado, hubiera salido de aquel barullo de sangres aplazadas, compresas y días tachados en el calendario?» Y era entonces como si les bastara con mirar a aquella criatura que tenían a su lado para sentir que la excepcionalidad de su nacimiento debía tener su continuidad en una vida llena de aventuras y riesgos. Por eso siempre andaban fantaseando con la idea de que lo más disparatado pudiera suceder. Decidían fugarse de casa, y bajaban a los niños por la ventana atados con sábanas; les enseñaban a moverse por los tejados, o se ponían a pedir con ellos por las calles. Todo les parecía poco con tal de estar a la altura de aquel misterio que era su llegada al mundo. Y los niños, como es lógico, disfrutaban mucho con ellas, pues eran unas madres del todo imprevisibles, con las que difícilmente podían aburrirse, ya que hacían de la vida un mundo de posibilidades inagotables. Sus pobres maridos, sin embargo, no eran de la misma opinión, pues aquellas conductas eran para ellos una fuente constante de preocupaciones. Pero las madres fantasiosas eran dulces y diestras en el amor, y sabían lo que tenían que hacer para conseguir de ellos lo que querían. Y así, ya les hacían levantar de la cama en plena noche, porque oían ruidos extraños, que según ellas significaban la presencia de ladrones que venían a arrebatarse a su niña; ya les

forzaban a llevar cada poco a Sanidad los alimentos por creerlos envenenados, o a revisar el coche cada mañana por suponer que un grupo terrorista quería atentar contra su vida con una bomba lapa. Estas madres podían confundirse con las temerosas, que también se pasaban el día de sobresalto en sobresalto. Pero mientras que para éstas la angustia era verdadera y lo pasaban tan mal imaginando todos los peligros que amenazaban a sus recién nacidos que llegaban a enfermar de los nervios, para las fantasiosas no era sino un producto más de su desbordante imaginación. Bastaba, de hecho, con verlas sonreír plácidamente a sus hijitas mientras sus maridos enfilaban una noche más, con la escopeta de cartuchos, el pasillo en penumbra, para darse cuenta de que la escena del peligro no era para ellas sino el alimento más secreto de la felicidad.

GUSTAVO MARTÍN GARZO, *Todas las madres del mundo*, Lumen, Barcelona, 2010.